

Dos viviendas mas allá, y entre la que ocupa un cesante que ha cesado de percibir su sueldo, y la de un retirado que en su retiro ve retirada su paga, se encuentra la de un maestro de piano, [buen vecino para dos necesitados] en cuya casa suele haber baile de suscripción cada ocho días. Su esposa, joven aún y amiga de diversiones, es la que corre con el refresco y con las jóvenes que han de asistir al baile, aunque cada suscriptor tiene derecho á llevar las señoras que quiera, sin que por esto pague mas que el peso de costumbre, que es generalmente la cuota que le corresponde á cada suscriptor.

Los jóvenes que concurren son, generalmente, dependientes de casas de comercio, oficinistas, algunos dueños de sastrería y uno que otro militar, gente toda de buen humor, de amena conversacion y finos modales, que baila con perfeccion y que viste con bastante gusto. Como, por lo comun, los hombres no suelen llevar señora ninguna, la dueña de la casa convida á las costureritas, bordadoras y lavanderitas que viven en los cuartos del patio de la misma casa de vecindad en que ella vive, las cuales se presentan con unas enaguas bien almidonadas para que abulte y ahorme el vestido de tela ligera y de poco valor que llevan, y que tambien poco antes lo han planchado con esmero para presentarse en el baile con la mayor decencia posible; prendido en el pelo, sobre el cual se han echado un pomo de pomada de rosa que dá al cabello un lustre semejante al charol, llevan alguna flor artificial que pregona el ningun artificio del artista en el arte de tal artículo; y en sus manos, cubiertas por medios guantes, dejan ver un pañuelo de algodón blanco, casi mojado en agua de colonia de pésima clase que marea con su fuerte olor. En medio de estas jóvenes, pobres pero honradas, graciosas, de pié breve, y muchas de interesante figura, no suele faltar alguna que otra hija de Eva, de un color entre verde y ébano, de abultados labios y aplastada frente, cerdoso pelo, ancha cintura y elevados hombros, cubiertas sus oscuras manos con guantes de algodón blancos, y vestida de blanco, y que, como suele decirse, parece *mosca en leche*, que llega á ser como el coco del baile, la parodia del bello sexo, y el prototipo de la fealdad y del mal gusto. Mas no se crea que por esto se queda sin bailar: todo menos eso; porque no faltará alguno de esos elegantes, á quienes llaman *encolados*, que se visten en el Baratillo, que llevan reloj de cobre y cadena de acero; por frac un *repelito* (1) que compran en una casa de empeño; guantes de algodón, y rizado el cabello, que viendo que las demás jóvenes huyen de él como ave de mal agüero, la pide algun vals ó contradanza; para que se vea con cuanto acierto se escribió aquel refran que dice, *nunca falta un roto para un descosido*. Por supuesto que los tales *encola-*

(1) No en ninguna de las acepciones que trae la Academia, sino aplicada á una cosa muy vieja que ha desechado su dueño.

*ditos* han entrado al baile como llovidos del cielo, pues, generalmente, nadie de los concurrentes les conoce, y ninguno les dirige la palabra, sino es la susodicha beldad que no pertenece á ninguno de los sexos. Todo es animacion, franqueza y alegría en estos bailes de suscripción: allí se cruzan las palabras mas tiernas, los juramentos de amor, los apretones de manos, y tal cual proposicion avanzada, que no siempre suele ser mal recibida; y despues de haber bailado hasta las dos de la mañana, y de haber besado con exceso todos los líquidos inventados por Baco, se va cada *mochuelo á su olivo*, llevando en cada ventana de la nariz y en la garganta, un ladrillo formado por el polvo levantado de los que componian el piso de sala del baile, pues la alfombra está proscrita de estas diversiones.

Las consecuencias que puedan traer estos bailes, yo no soy capaz de preveer, y aunque dice un adajo que *el hombre es fuego, la muger estopa y el diablo viene y sopla*, yo no veo sino que al dia siguiente los jóvenes van á sus respectivas ocupaciones, y que las bellas tan almidonadas y olorosas la noche anterior, marchan mal calzadas y con unas enaguas poco vistosas, á comprar el desayuno, el carbon, y todas las demas cosas indispensables para vivir.

Por supuesto que en estos bailes, no se olvida, la que los hace, de la casera, á quien para tener contenta, y hacer que abra el zaguan (del que ella solamente tiene la llave,) cada vez que se necesita, le regala algunos bizcochos, queso y vino, sin descuidar de darle alguna gratificacion, y las correspondientes gracias por sus favores. La casera en estos momentos no se cambiaria por la mas gran señora: aquel baile le trae á la memoria las ilusiones de su juventud, y le presta materia para hablar á las que están á su lado, del baile que le dieron al virey Yturrigaray, y en el que ella bailó un minué con el oidor H; del otro que dieron al Sr. Iturbide cuando entró triunfante en Méjico, y en el que ella se vió obsequiada por lo mas principal de la corte y por su difunto esposo que de Dios goce: allí se olvida de la comisaría y del monte de piedad, y aun se olvidaria de que es casera, si de vez en cuando no se acercara alguno á suplicarla que le abra el zaguan.

Mas tambien me he olvidado yo, por el afan de describir, de que está esperando original el cajista, y de que es bueno ser conciso en todo, pues no hay uno que no sepa *que si lo poco agrada, lo mucho enfada*.

Nada es tan difícil como pintar las costumbres de un país; y los que creen lo contrario, porque juzgan que una que otra palabra del pueblo, basta para retratarle, se equivocan mucho; pues las palabras solo pueden revelar su dialecto peculiar, pero de ninguna manera sus costumbres; así como el pintor nos podrá presentar los colores y formas pertenecientes á la rosa, pero de ninguna manera demostrarnos por medio de ellos únicamente, las virtudes de ella. No sé yo si habré podido vencer esa dificultad en este artículo intitulado la

Casera; pero lo que si podré asegurar es que lo he procurado, y que tendré por bien recompensados mis afanes, si el público lo recibe con benevolencia. Mas si lo encuentra, como es regular, defectuoso en muchas partes, suplícole que tenga en consideracion que ha sido escrito en pocas horas, y sin tiempo para corregirlo.

Méjico, 27 de Junio de 1855.

